

Dialéctica y promoción humana

JAIME CASTAÑÉ

DOS FORMAS DE MIRAR, Y UNA INTERROGACIÓN

Algo nos permite «mirar hacia fuera» de modo que encontremos camino y hagamos camino. Lo permite y lo cumple cierta capacidad paradójica de «mirar hacia dentro». Con ella tiene el hombre en su mano recursos para poner la naturaleza al servicio de intentos superiores, proyecta y realiza lo proyectado, consigue dar curso y sentido humanos a la historia (abierta ante esa doble mirada). Hay diferencia irreductible entre lo que «es llevado» por energías ajenas o propias, y lo que desde el interior de las propias energías puede verlas, relacionarlas con la alteridad exterior, y puede encauzarlas así de forma tan eficaz como cualitativamente contraria a toda pasividad e inercia. Lo puede el hombre. Ello le sitúa ante un horizonte de progreso y superación ilimitados.

Ahora bien, esa dimensión del desarrollo perfectivo se revela insegura: el hombre sólo despliega los recursos más poderosos y excelentes a partir de una *disyuntiva*, compleja y siempre reiterada, que en su raíz es al mismo tiempo origen de posible promoción humana y riesgo de involución. La disyuntiva no permanece estática; desde su raíz hasta lo variado y complejo de sus manifestaciones, la constituye y la resuelve un *dinamismo dialéctico* —o sea, interiormente conflictivo y a la vez unitario, origen de cambios por la tensión y la unidad internas— que se traduce en múltiples aspectos de la vida humana. Importa captar bien las condiciones, límites, alcance, y aun la constitución profunda de ese dinamismo, peculiar de la persona y en algún sentido y medida identificado con ella.

No cabe preguntarse sobre el hecho ni acerca de sus implicaciones por simple curiosidad, o cual si ocurrieran sin afectarnos

de manera decisiva: ahí concurre y se pone en juego lo más humano del hombre. El estudio de la *persona* como unidad abierta y dinámica, pero insegura, destinada a construirse por obra de energías cuyo despliegue resulta de la autodecisión dialéctica y es imprevisible, requiere —si tal estudio debe cumplir las exigencias básicas de fidelidad a los hechos— una actitud subjetiva de compromiso muy hondo, sin el cual no puede por menos que deformar el núcleo de la realidad viva y concreta.

¿Hay criterios o puntos de referencia válidos, seguros, que permitan formular con orden y justeza, y en definitiva resolver con adecuación más o menos cabal las cuestiones ahora sugeridas?

HACIA UN BOSQUEJO INTERPRETATIVO

Cierta *síntesis* provisional e insuficiente, engañosa como respuesta lograda, pero tal vez fecunda como germen de solución progresiva, parece insinuarse en *confrontación y diálogo* con la documentadísima, por todo concepto magistral obra de H. ROTH, *Pädagogische Anthropologie*¹. Sin pretender más que una sencilla aproximación, aunque, por otra parte, con intento de superar el simple resumen y abrir perspectivas ulteriores, pueden sugerirse en los párrafos siguientes algunas líneas esquemáticas.

Por de pronto, conviene señalar los *orígenes ambiguos* e inseguros del hombre como *sujeto*, o sea, del hombre en cuanto portador, hasta cierto punto dueño, y en algún sentido y aspecto causa de la propia unidad que le constituye y le define.

Al ir desplegándose en cada individuo concreto la vida humana, sus comienzos revelan ya aptitudes y energías peculiares de la persona; mas ésta aún está por hacer, en lo que tiene de informe, indeterminada, receptiva, plástica. Algo suyo, «personal» por tendencia y poder evolutivo, le permite darse configuración según rasgos efectivos de transparencia, apertura, dominio sobre los obstáculos y aun sobre cualesquiera formas de limitación; no obstante,

¹ Heinrich ROTH, *Pädagogische Anthropologie*, Band I, *Bildsamkeit und Bestimmung*, 3. Auflage 1971, 504 pp., 23 x 15, Hermann Schroedel Verlag, Hannover; Band II, *Entwicklung und Erziehung, Grundlagen einer Entwicklungspädagogik*, 1. Auflage 1971, 656 pp., 23 x 15, Hermann Schroedel Verlag, Hannover.

el desarrollo se frustra, la persona incipiente queda baldía a pesar de sus capacidades y recursos, a no ser que la fecunden relaciones de procedencia humana surgidas desde el *entorno*, suficientes para introducir en el debido cauce las energías personalizadoras, más aún, para *promoverlas*, mediante influjos reguladores y elementos susceptibles de configuración personal que también son elementos e influjos realizadores de esa misma configuración (por presuponerla como origen e implicarla a partir de la alteridad que los produce).

Evidencian tal estado primero —de indeterminación, de plasticidad subjetiva— no ya ciertas observaciones superficiales e ingenuas, sino *datos* científicamente seguros. Por citar sólo una voz autorizadísima, recordemos lo que en la lectura de su trabajo «Hombre y biología» acaba de exponer, durante la XI Semana Española de Filosofía, nuestro biólogo José M.^a Rodríguez Delgado. Según el eminente investigador, la biología del encéfalo humano (campo de investigación suyo, dentro del cual sus aportaciones se consideran hoy insustituibles) descubre que las células piramidales son, en su totalidad, células inmaduras cuando tiene lugar el nacimiento; y que las del cerebelo también lo son, en proporción igual al noventa por ciento de su número; pero con la decisiva circunstancia de que ni unas ni otras pueden madurar, o sea, hacerse sustrato de las funciones mentales superiores, sino recibiendo influjos cuyo contenido ofrezca notas humanas y presencia de la subjetividad, es decir, en cuyo contenido se muestre y haga presente la persona, con sus propias características humanas, a nivel de esas funciones mentales superiores.

Admítase en terreno de hipótesis el hecho de la *ayuda*, sin por ello suponer que dicha ayuda alcance su efecto. Desde la alteridad que se define por las aptitudes y presencia humanas, actúan sobre la persona todavía inmadura —sin desarrollar, en ciernes— variadas energías, capaces en conjunto de *promoverla*, de suscitar y llevar a término su desarrollo, según sus propios recursos fundamentales, que ya al comienzo de la vida la constituyen como persona.

Cabe reconocer otro tipo de «plasticidad» al advertir en los citados influjos del entorno una *tensión* oscura, ambigua, que vige entre la capacidad activa de promover a la persona, de «personaliz-

zarla», y la compleja indeterminación, también activa, según la cual esos influjos se relacionan y agrupan entre sí.

Dicha tensión relativiza la ayuda, le impide ser segura y adecuada, por carecer de intencionalidad uno de los factores o partes en lucha, a saber, aquello que en el aludido conjunto de hechos dinámicos, de influjos activos, significa y es indeterminación. Tales hechos, en mayor o menor medida, se contrarrestan unos a otros, y su resultante es cauce ineludible del desarrollo personal sin ser a la vez efecto de iniciativa abierta y proyectada hacia la consecución del mismo, ni ser tampoco fiel expresión de las demás características humanas superiores.

Las indicaciones últimas sólo insinúan aspectos del entorno que influye en la referida promoción (aspectos del entorno que influye en la raíz y estructura, y en la formación progresiva, de rasgos o determinaciones exigibles a la persona y sólo realizables en ella): insinúan lo *fortuito*, mas también «mecánico» y *ciego*, de un «todo»; lo complejo y difuso, definible por energías en mayor o menor grado inconexas, pero de las cuales resulta cierto sustrato de condiciones que dan cauce y en algún sentido configuración al desarrollo personal.

Factor distinto, inseparable del anterior y enfrentado con él, es la *capacidad activa de promover a la persona*. Ambos influyen, oponiéndose entre sí. Uno queda ya designado con el término «indeterminación», al paso que el otro revela como rasgo suyo la «intencionalidad»; mas tales notas —de intencionalidad e indeterminación— deben concebirse en *relación* esencial con el proceso formativo del sujeto humano o persona. Tendríamos, pues, *dialéctica* (dynamismo de la tensión entre factores contrapuestos, al par que constitutivos de cierta unidad indisoluble) y habría razón para atribuir al proceso dos elementos activos esenciales, uno «indeterminado respecto de la persona», regulador del mismo proceso según fuerzas impersonales, y otro «personalizador» en la dirección que imprime, por encauzar las energías y recursos de manera que promuevan a la persona, lo cual supone «imponerla como fin».

La dialéctica así interpretada no puede evitar lo inseguro del desarrollo, se muestra «plástica», indefinida, por tener en su constitución esencial la mencionada indeterminación y tenerla con carácter de factor activo. Ahora bien, si la dialéctica del desarrollo personal, según aparece en la dimensión definida por el entorno

humano y por la ayuda a partir de ese entorno, se muestra insegura, cabe señalar todavía, a propósito de ella, una inseguridad más honda: ¿será la misma dialéctica *ilusión*, respuesta infundada, a manera de espejismo? ¿La ideamos para resolver cuestiones que tal vez a nivel de la realidad son insolubles? Dicho de modo más directo y explícito, ¿qué sentido tiene el «promover a la persona»?

Los *hechos* que la persona parece llevar consigo —ya surjan de ella, ya la afecten a partir del entorno— ocurren de forma dinámica, *se realizan*, devienen. La notoria ambigüedad acerca del sentido que encubren tales hechos (acerca del fin al que tales hechos apuntan), aun extendida hasta la admisión de una posible incoherencia total, hasta la admisión de una hipotética falta de sentido, no obsta para reconocer energías relacionadas, dependientes unas de otras, todas condicionadas entre sí, las cuales *dan razón* del desarrollo humano: van estableciendo, de modo progresivo, cierto dinamismo unitario con caracteres que permiten señalar en él ese núcleo llamado «persona». Sin pretender una delimitación cabal de los elementos activos, pueden observarse en el ámbito de los hechos energías que dan lugar al desarrollo, según acaba de sugerirse, y otras que, por el contrario, lo dificultan y lo condicionan.

Deslindar así los factores del proceso, indicando las dos orientaciones con su diversidad y su divergencia, no implica abstracción abusiva, puesto que en realidad ambas orientaciones aparecen, son comprobables, y deciden a través de su recíproca interacción el curso del desarrollo humano. Pero, si en términos tan vagos la dialéctica aludida resulta admisible y verdadera, nada resolvemos con afirmarla, mientras persista la duda acerca de si en ella hay o no recursos capaces de conducirla por desarrollo intencional —no ya de modo fortuito ni por determinación ciega— hasta permitirle establecer el *dinamismo* que es peculiar de la *persona*: dueño de sí por identidad entre sus energías y la visión de la propia transparencia, apto para abrirse camino y vencer los obstáculos, abierto más allá de cualesquiera limitaciones, y con exigencia de superar, en alguna forma, toda finitud.

Lo que de manera inmediata aparece, y ha de ser reconocido sin lugar a duda, sólo ofrece estas notas con trazo impreciso, oscuramente, y sin validez universal respecto de su efectiva realización. Lo indudable de la persona se revela como núcleo de hechos que

implican poder cualitativamente superior al de los demás hechos dinámicos, y aun eficaz sin medida, pero inseguro y condicional en su despliegue. Por otra parte, la misma *inseguridad* es ya respuesta positiva, auténtica solución: descubre el dominio del sujeto (de la intencionalidad subjetiva concreta, nunca previsible con exactitud) sobre los elementos activos o factores que constituyen el proceso formativo personal, y sobre las leyes y fuerzas del mundo objetivo..., a no ser que se trate de inseguridad por intervención de causas fortuitas, tal vez por presencia de lo inexplicable, del sinsentido y el absurdo.

RECIBIR Y DESARROLLARSE

Ha aflorado una afirmación todavía confusa de la intencionalidad subjetiva, sin excluirse por el momento la suposición del azar, ni siquiera la de un mundo irracional en sus hechos y en su dinamismo. Queda al margen, no tiene ya vigencia alguna, la hipótesis que dé cabida a un devenir intencional exento de toda vinculación, autónomo de raíz y con autonomía absoluta: la dependencia subjetiva se muestra como dato irreductible y primario, que en la perspectiva filosófica sugiere un hondo carácter relativo, cierta vinculación múltiple y radical, origen de la constitución singular misma, dondequiera haya limitación y según la índole de ella.

Aquí la dependencia adopta como una de sus formas principales y específicas la de la ayuda que el *entorno humano* debe procurar al sujeto. Trátase de un entorno «humano» por sus propias características, no sólo por referencia al sujeto y al desarrollo personal. Si se da por admitido tal desarrollo y aparece su origen, será justo reconocer que ese entorno «produce», en algún sentido y grado, la intencionalidad subjetiva, y a la vez la condiciona, pero por de pronto la incluye como propiedad.

De nuevo la reflexión llega a un difícil nudo, insinuado repetidas veces, ahora más explícito y acuciante en sus interrogaciones. Urge saber lo que el entorno tiene de intencional, de forzoso y ciego, quizá de fortuito y hasta absurdo; cómo se interfieren dichos aspectos o factores, qué tipo de tensión hay entre ellos, cuál es la resultante previsible, y en qué medida somos capaces de preverla.

Pero si lo humano ulterior a la persona resulta ineludible en su exigencia de luz, sólo importa aclararlo por incidir en la *persona*, por antecederla y en cierto modo fundarla; no porque la absorba, ni porque tenga respecto de la misma una decisiva superioridad. A nivel antropológico —y sin llegar hasta presupuestos absolutos— la cuestión clave sería la de cómo debe situarse en el entorno, verse en los dinamismos de la alteridad concreta, el origen del desarrollo personal, u *origen de la promoción humana* a partir de estados que excluyen (no cumplen todavía, ni permiten aún) el ya aludido comportamiento peculiar de la persona.

Si es lícita una respuesta provisional, esta última cuestión admite los puntos referenciales siguientes: la *inmadurez* —lo inadecuado y relativo del desarrollo— sólo da cabida a una *intencionalidad* que presupone el modelo y el influjo de la intencionalidad ajena, pues la propia únicamente podría, sin tal ayuda, suscitar ensayos torpes, oscuras tentativas, que por falta de la debida anticipación apenas lograrían superar los recursos y eficacia del dinamismo ciego. La anticipación por la que el dinamismo humano descubre metas, juzga y valora los correspondientes caminos, opta, se despliega hacia lo posible siguiendo su opción, y aun siguiéndola hace efectivo lo improbable, la «anticipación» así entendida requiere y traduce formas superiores de energía y capacidad, cuya presencia activa resulta del desarrollo y no puede, por tanto, ser causa de él en las primeras etapas evolutivas (mientras el desarrollo no llega a constituir dichas formas dinámicas). La *anticipación* desde el entorno humano debe, por ineludible necesidad, suplir con su propia presencia activa la inmadurez de la persona.

NI TABLA NI ARCILLA

Reconocer en la ayuda a partir del entorno una aportación esencial, no significa absolutizarla, ni siquiera atribuirle en todos los aspectos verdadera primacía sobre la intencionalidad en germen, sobre el dinamismo intencional que debe surgir y desarrollarse en la persona a través de esa ayuda.

Se incurre en grave imprecisión al describir con el término «tabla rasa» lo que es susceptible de propiedades como la apertura al «todo», la transparencia definible por identidad con su luz y con la

visión de su luz, el poder de iniciativa ante situaciones, alternativas y obstáculos, capaz en alguna manera de superar todos los límites por ver y tender más allá de todos. Al principio, con anterioridad al desarrollo, ya había aptitud para la formación de tales recursos y energías, por sucesivo y gradual despliegue de los recursos y energías iniciales; faltaban aún, eso sí, diversas condiciones, y debían tener lugar influjos. La imaginación ha puesto delante de nuestros ojos la arcilla y las manos del alfarero, va haciéndonos percibir la paleta y las pinceladas y toques sobre el lienzo, para sugerirnos esa progresiva formación. Captamos así un reflejo inexacto y engañoso de la realidad. Al concebir el desarrollo según la imagen de la materia receptiva, inerte, plástica, y de fuerzas exteriores que la configuran, es precisa una corrección fundamental: las dos partes o dimensiones del proceso —la parte subjetiva y el entorno— se relacionan de manera dinámica, hay entre ellas profunda y esencial interacción, el desarrollo se constituye de raíz y por entero gracias a la acción recíproca de los dos elementos.

Podría señalarse un bosquejo imaginativo más fiel que los anteriores: manos abiertas, y otra mano, de niño, que va acercándose y al fin se junta con ellas; o también dos miradas, inquieta la una, respetuosa y franca la otra, que luego se comprenden y armonizan, hasta coincidir expresando una misma actitud confiada.

Proponer esa *armonía*, hablar del ajuste entre el dinamismo del sujeto y el del entorno humano, significa un posible paso que contribuya a interpretar la dialéctica del desarrollo, y así promoverla, según aparece en la interacción de una complejidad activa (recursos, energías e influjos del entorno) con el núcleo de unidad compleja y también activa que es el sujeto personal. No se trata de sustituir tal dialéctica por la ilusión de un desarrollo ya cumplido, ni por el ideal de un orden estable y muerto: siempre deberá haber interacción, y con ella ulteriores etapas del proceso, que será perfectivo si da curso y primacía a las aptitudes humanas superiores.

Lo impreciso y provisional de las formas imaginativas ha de trascenderse, y aun los conceptos exigen aquí otro tanto. Importa aclarar, volviendo sobre cuestiones ya recogidas, lo que el desarrollo personal tiene en sí de idéntico y antagónico: su *coherencia*

producida a través de tensión, o reducida tal vez a nudo conflictual, su armonía por interacción abierta, por dialéctica renovada, inconclusa y progresiva, nunca por referencia a una pura y vacía identidad entre los factores.

Quizá la mejor clave interpretativa se muestre donde el proceso tiene lugar: en la persona, al desarrollarse ésta, de modo que vaya adquiriendo la configuración humana distintiva y superior. Dan origen al desarrollo personal, lo constituyen, hasta cierto punto *son* ese mismo proceso diversos factores, relacionados en reciprocidad activa. Si estudiamos el proceso o devenir allí donde se despliega, la atención ha de llegar al dinamismo que lo penetra y lo causa, y a los factores internos —a los componentes activos— de los cuales el dinamismo resulta; y deben mostrársenos el *cómo* y el *porqué* de la interacción, fuerza múltiple que encauza dichos factores, sin diferenciarse de ellos, y los incluye en el propio dinamismo resultante.

El hecho de la *promoción* subjetiva (a pesar de sus palpables e hirientes limitaciones) puede llevarnos, pues, a la comprensión de la *dialéctica*: puede permitirnos captar su interacción esencial y constitutiva. Cabe esperar también que la misma promoción cobre en igual medida una nueva claridad: que descubra mejor ante nuestros ojos su sentido —o su falta de sentido—, sus posibilidades, recursos, condiciones, y aun tal vez su fundamento radical.

HORIZONTE, PRESENCIA ACTIVA Y RELACIÓN HUMANA

Ha habido ocasión de intentar aquí desde varios puntos la *aproximación al hecho* del desarrollo personal o subjetivo. En ningún caso la aproximación ha sido suficiente ni adecuada. Tampoco se pretendía que lo fuera. Lo ineludible y capital era lograr un acercamiento progresivo, cada vez más acorde con los datos, y en igual medida capaz de promover los recursos y el dinamismo de superación que son comunes a los distintos sujetos, así como también los peculiares de cada uno, todo sin olvidar los estrechos límites del propio contexto situacional. Los conceptos no se revelaban como origen de las preguntas; su estructura (la coherencia abstracta, a nivel de conceptos y definiciones) ha sido relativizada, referida al hecho, y reconstruida a partir de él, aunque de

modo impreciso. Más que usar y repetir los términos «educación», «sociedad», «maestro», y otros igualmente propicios para dar forma al sistema abstracto, se intentaba recoger cierta significación originaria, ulterior a la de tales términos, los cuales quedaban por de pronto removidos a fin de no obstaculizarla.

El desarrollo subjetivo tiene, sin duda, un polo interno de tensión que lo proyecta más allá de los cauces y condiciones y de los resultados ya conseguidos: hacia niveles cualitativos superiores. Advertir el sujeto dentro de sí esa dimensión dinámica, y secundarla a través de los recursos y energías que constituyen su misma subjetividad, o sea, dar *de manera intencional* sentido y eficacia concretos al desarrollo, ¿supone crear algún modelo, descubrirlo como realizable y con exigencia de realización, verlo ya real y asequible?

El camino de la interpretación justa parece incluir elementos de las tres soluciones apuntadas, que en tal caso sólo se excluyen entre sí, a lo sumo, de manera parcial. Objetivos para adentrarse en la presente cuestión con más rigor y hondura, podrían ser: observar algún rasgo característico y esencial del polo de tensión aludido, ver qué tipo de tensión hay entre dicho polo y las condiciones impuestas al sujeto humano, y por último, ver la relación entre la ayuda a partir del entorno y el mencionado origen de superación dialéctica. Sería luego factible centrar la atención en los recursos, fuerzas y condiciones del entorno humano: observar la compleja interacción que desde la alteridad humana concreta se traduce en dinamismo de esa ayuda, reconocer sus factores dialécticos y el dinamismo resultante.

La brevedad y penuria de la reflexión no impiden captar que la constitución perfectiva y progresiva de la persona, su *promoción humana*, se realiza y despliega, por desarrollo intencional, hacia un horizonte cualitativo siempre ulterior, de plenitud siempre inabarcable, pero real y presente en su fuerza impositiva al par que liberadora. No se trata de vivir en tensión hacia un espejismo, ni tampoco bajo la tiranía de un Absoluto rival y opresor. La persona halla dentro de sí una *presencia* que la desborda, le exige trascender los límites y obstáculos, y en fin, la hace núcleo de transparencia, apertura, iniciativa y eficacia superiores a todo cuanto pueda haber de común entre la propia realidad subjetiva y las cosas. Si

«existe» la presencia de tales energías y recursos, y en su origen es recibida por la persona, ha de existir la *presencia que da*, con caracteres o propiedades como los que la persona recibe, con más honda realidad o consistencia, y *en actitud amiga*, no hostil ni opresora.

Se revela aquí una interacción o *dialéctica* definible por su intencionalidad, según los recursos y energías —a tenor de las propiedades— aludidos en la sencilla descripción, y no menos durable que la intencionalidad subjetiva. Esta duración parece esencial, pues en todo momento la superación del sujeto, desplegada a través de los recursos y energías exclusivamente propios de la subjetividad, supone conciencia de un ámbito cualitativo ulterior, más profundo y firme en sus caracteres, y a la vez asequible como presencia que se comunica (presencia participable).

Entre los polos ahora indicados, «subjetivo» y «trascendente», se produce la dialéctica sugerida: interacción que en el sujeto da curso y eficacia perfectiva a los aspectos o virtualidades superiores del dinamismo personal, o sea, al dinamismo que es luz y transparencia de la identidad consigo, poder de iniciativa ante las limitaciones y obstáculos, y es además esa «actitud amiga», con apertura y presencia generosas.

Pero tal «dialéctica de promoción humana» pierde su *sentido*, se niega y anula, al desplegar el sujeto la iniciativa por cauces opuestos al horizonte de superación personal y trascendencia.

La dimensión de trascendencia supone, en la dialéctica formativa y perfectiva del sujeto personal, otra dimensión, que complete y encarne la primera y la haga aparecer: la de relación activa y recíproca *a nivel interhumano*. Según hemos debido reconocer ya desde el punto de partida y en todas las incidencias de la reflexión, o bien la dialéctica del desarrollo personal admite esta dimensión última y hace pie en la misma, o bien dicha dialéctica no tiene lugar.

Ambas dimensiones se necesitan, encuentran e incluyen entre sí con esencial vinculación mutua. Por la ayuda a partir del entorno humano —y jamás sin ella— puede la persona dar curso y dirección perfectiva a su capacidad superior, trascendiendo las formas de sujeción al mundo material, así como también las de esclavitud bajo lo inhumano de las *estructuras* (económica, política,

científica, ideológica), y aun desbordando los intereses de la propia subjetividad con apertura fiel, comprometida y generosa. Mas no cabe tal ayuda, sino cuando la dialéctica interhumana admite dimensión de *trascendencia*, y según la forma y medida —aspectos y grado— de esa admisión. El «hombre unidimensional» de la técnica, del consumo, del goce inmediato, de la lucha por explotar al otro, significa y es antítesis del hombre hecho para una superación sin fronteras.

Hay a nivel del hombre estructuras de índole diversa, es decir, ciertas totalidades, que en su unidad coherente y su dinamismo de conjunto dominan y absorben, en mayor o menor medida, los núcleos elementales. Dentro de ellas existe la persona, y ha de ser promocionada, y debe promocionarse ella misma. Sería desconocer o falsear los hechos, sería despropósito, negar que *entre* las personas tiene su origen el dinamismo de promoción personal. Ahora bien, «entre» no denota aquí los eslabones de una malla, ni de una cadena; tampoco la corriente de ríos que siguen o desbordan sus cauces. Las personas no sólo interfieren, oponen, juntan sus energías de modo inevitable y ciego, tal vez intencional pero deshumanizador. Su fuerza más poderosa las une, en dialéctica nunca inerte ni igualitaria, desde una *presencia* ulterior y también anterior a cada cual y a las distintas formas de finitud, presencia que para revelárseles y actuar en ellas necesita de esa unión, al par que la funda (al hacerlas intencionales, y darles dimensión de trascendencia).